

# DE LA GUERRA SANTA A LA DE LIBERACION

---

**Oswaldo Ortega Nejme**

«Que no se permita más enfrentamiento que  
aquel contra los zalamín» (agresores).

*Korán 2:193*

Cuando un foco de tensión alcanza un grado máximo de acumulación explosiva de rivalidades, tanto internas como externas, rompe el marco de control local en la esfera del enfrentamiento, la participación e intereses en juego. Se coloca en el eje mismo de las fricciones, debates y negociaciones entre bloques. Focos de esta naturaleza agudizan la polarización de fuerzas internacionales y fomentan el advenimiento revolucionario interno.

El clima de tensión y guerra en que ha vivido el Cercano Oriente en estos últimos veinte años, lo acerca a una de esas chispas de colosales proporciones devastadoras en su proceso de renovación histórica.

Un engarce dialéctico de complementación y rechazo se opera en los confines de este apartado mundo que durante décadas estuvo al margen de un devenir político consciente, a pesar de ser centro de más de un acontecimiento determinante durante dos guerras mundiales. Las masas árabes, durante este lapso de prolongada hibernación, sirvieron de

56 instrumento indistintamente al establecimiento o vuelco de equilibrios internacionales ajenos, postergando su rol en la búsqueda de su identidad nacional hasta concluida la segunda guerra mundial, que alcanza su plenitud en la decepcionante y a la vez inspiradora debacle de junio del 67.

Esas fuerzas nacionales, ricas en matices, vibran como cuerda tensa. Descargan su electrificada vitalidad no sólo contra la agresión israelí.

Los campos de tiro de las masas árabes están en el frente y en la retaguardia representados por gobiernos y monarquías en contubernio o proclives a la penetración imperialista. La toma de esta conciencia de clase en la retaguardia —espontánea o volitivamente— se desarrolla con rapidez a continuación del último enfrentamiento árabe-israelí de junio.

Al igual que una explosión nuclear subterránea, este conflicto puso al descubierto segmentos-muestras de profundos antagonismos, contradicciones y diferencias que conforman este mundo en apariencia heterodoxos, y en realidad, de un decadente maniqueísmo panarábigo con una genealogía de militancia, de inspiración religiosa en los primeros siglos del Islam, que aliente la extinción en espaciados estertores agónicos.

Con la guerra, como de costumbre, afloraron con toda su pujanza los antagonismos árabe-israelíes; las contradicciones interárabes; las diferencias de grupos de estados árabes *versus* movimiento de liberación palestino.

Los conflictos desencadenados por Israel no han perseguido exclusivamente su expansión territorial, aunque ello está entre sus miras permanentes. En esta selección de objetivos debemos establecer gradaciones. Una vez proclamado unilateralmente el estado de Israel en mayo de 1948,<sup>1</sup> su ambición inmediata se revela en su persistencia por establecerse de *jure* en el seno de estados árabes vecinos que lo habían tenido que soportar de *facto*. Su presencia es impuesta por la fuerza de las armas. Pero esto no le basta para socavarlos económica y tecnológicamente. Son otras formas más sutiles de penetración las que —considera— permitirían alcanzar una preminencia regional no simplemente sustentada sobre bayonetas. En la presente coyuntura la subordinación un tipo de tecnología avanzada específica, a los cuadros que la mantienen y el financiamiento, son instrumentos colonialistas más eficaces y perdurables que la tradicional ocupación militar.

<sup>1</sup> Ver en este número pág. 51. (N. de la R.)

**Pero el fracaso sistemático de sus ambiciones por ser aceptada, la ende-  
 zaron hacia mercados africanos urgidos de bienes de producción y  
 productos de uso y consumo, como complementación del colonialismo  
 europeo que dejaba profundas huellas de dependencia económica y  
 supeditación política.**

Su penetración en estos estados emergentes africanos se inicia en las  
 esferas de la construcción, la irrigación, continuando en los planos de  
 la colaboración técnica, científica, distribución de becas y asesoría  
 militar.

Poco antes de estallar junio, del 10 al 15 por ciento de las exporta-  
 ciones industriales israelíes —entre 25 y 30 millones de dólares— se desti-  
 naban a estos mercados.

Israel instrumentó en 1957 los *Peace Corps* (Cuérpos de Paz) antes  
 que los propios Estados Unidos. Este ejército de cuadros intelectuales  
 —compuesto en un principio por unos 700 técnicos en diversas ramas—  
 comenzó a servir en más de 25 países africanos, entre ellos Ghana,  
 Costa de Marfil, Etiopía. También se hicieron presentes en unos 15  
 países de América Latina, algunos puntos de la cuenca del Mediterráneo,  
 y en Asia—Cambodia, Nepal, Laos, Corea del Sur y Tailandia.

«La Grecia conquistada conquistó a la Roma conquistadora». Los  
 tutores de los emperadores romanos eran preceptores griegos. Roma  
 victoriosa en el campo militar, acabó por sucumbir con el transcurrir  
 del tiempo, a los patronos griegos refinados y sólidos.

Esta disgregación nos puede ayudar a comprender la importancia de  
 este fenómeno de penetración técnico-cultural en un medio subdesarrol-  
 lado. Israel acometía así el propósito de devenir la pequeña Grecia  
 del continente negro con el apoyo de las potencias occidentales. Concede  
 un número elevado de becas a los «jóvenes brillantes» de muchos  
 de estos estados emergentes. Estos prospectos, una vez egresados, retor-  
 narían a sus respectivos países a ocupar posiciones destacadas, y llegar  
 a ser tal vez sus dirigentes futuros.

Estos estudiantes graduados en centros de estudio israelíes junto a sus  
 técnicos prestando servicio en el extranjero, irían conformando un  
 estado favorable de opinión en Africa. En América Latina, aunque  
 con menor intensidad, la política fue la misma. En Naciones Unidas  
 pronto se obtendrían los frutos de esta «política asistencial». Muchos  
 de estos gobiernos receptores encomiendan a sus delegados votar a

**58** favor de Israel o que se abstengan cuando se someten a consideración de la Asamblea, temarios donde se enjuicia su política.

La proyección de Israel hacia mercados africanos, sin embargo, no significó su renuncia al Medio Oriente, que continúa estratégicamente en un plano preferencial, en razón de sus colosales reservas petroleras.

Si dos guerras no la habían impuesto en el seno del mundo árabe, que la rechaza como tejido ajeno, persiste en éstos métodos tradicionales, en tanto se entrega al desarrollo nuclear como disuasivo regional. Con los años llega a la conclusión de que para hacerse aceptar, sin embargo, necesita del derrocamiento del baasismo sirio, la deposición de Nasser y el aplastamiento del movimiento palestino. La guerra de Junio del 67 estalla. Israel logra sus objetivos militares, pero no los políticos. Sus tropas ocupan las Cisjordania, Golán y llegan hasta la ribera oriental del Canal, pero Nasser no es derrocado y el Baas sigue en el poder. Entonces ensaya simultáneamente con el hostigamiento de la guerra de posiciones una estrategia económica contra el principal contrincante, en la esperanza que derribado éste los otros le seguirían o se replegarían.

Cerrado el canal de Suez a consecuencia del conflicto (segunda fuente de ingresos egipcia a continuación del algodón) Israel saca provecho de que las empresas navieras de ahora en adelante tendrían que desviar sus barcos en un prolongado bojeo por Africa, y se entrega con ahinco a la construcción de un oleoducto que va del puerto de Eilat en el golfo de Akaba al de Ashklon, en el Mediterráneo. Este canal en tuberías es su segunda victoria. Le brinda un servicio rápido y económico de transportación a estas empresas navieras, y en caso que Suez llegara a ser abierto al tráfico marítimo, un grupo de estas empresas, con contratos a largo plazo, continuarían usándolo. Además, existe el inconveniente de que el Canal egipcio es incapaz de recibir los tanqueros de 200 mil toneladas, peso standard de fabricación de estos navíos por cuestiones de rentabilidad.

La construcción del oleoducto, de inmediato, sacude la inestable «unidad» de los ricos estados petroleros árabes del Golfo en la retaguardia, con sus menos afortunados parientes en la primera línea de enfrentamiento.

El principal productor no árabe de la zona es Irán, quien según se rumora ya se sirve del oleoducto. El resto son todos árabes, pero las empresas que lo explotan, no: British Petroleum, Shell, Gulf, Jersey,

Standard Oil. ¿Y quién puede garantizar que este petróleo árabe extraído por compañías imperialistas no esté siendo dirigido parcialmente o lo sea, a través de las tuberías israelíes, a pesar del bloqueo formal impuesto por los estados árabes contra Israel?

59

¿Serían capaces las monarquías y emiratos árabes reaccionarios de impedirlo? Las concesiones están bajo control foráneo y los tanqueros tampoco les pertenecen.

---

## Diferencias

---

En los umbrales del siglo XXI no podemos mirar el mundo árabe como sólido bloque granítico. En la actualidad es un irregular mosaico vetado, donde no todas las piezas ajustan, y otras hasta se han desprendido. Las diferencias sustanciales radican en la composición interna de clase de cada estado y su consiguiente alineamiento internacional.

---

## EGIPTO

---

Está por la Resolución del Consejo de Seguridad, por el aumento de la asistencia militar y diplomática del campo socialista, con la URSS a la vanguardia, sin perder contacto con los estados occidentales, en la esperanza que una política equilibrada de su parte llegará a persuadir a Estados Unidos, en especial, que en salvaguarda estratégica de sus intereses petroleros en el área, debe a su vez persuadir a Israel, sobre el que ejerce una influencia no desechable por ser su principal suministrador de créditos y armas, de la necesidad del retiro.

No entregándose completamente a la ilusión de una evanescente solución negociada, Nasser, a continuación de la guerra de junio, consideró la necesidad de depurar las filas del gobierno y los cuadros del ejército, acometiendo su fortalecimiento profesional.

El mariscal Abdel Hakim Amer, jefe del ejército, pagó con su separación los fulminantes reveses en el campo de batalla. Fue el ídolo de más alta jerarquía en precipitarse a tierra con el eco de la aplastante derrota.

Amer estuvo vinculado a Nasser desde su primera juventud. Cadetes ambos, sirvieron juntos en Sudán y Palestina. El Rais lo contó entre uno de sus primeros miembros de Oficiales Libres, organización clandestina de jóvenes oficiales conjurados en el derrocamiento de la mo-

60 narquía apendicular inglesa de Faruk. Durante largos años gozó de toda su confianza y estima. Se le designó a las misiones más prestigiosas, como emisario ante jefes de estado occidentales y del campo socialista; procónsul en Siria en el breve período durante el cual ambos países se federaron (1958-61).

A finales de agosto de 1967 —a tres meses escasos de concluido el cese del fuego en las líneas del Canal, y de que se encontrara reducido a simple ciudadano en retiro forzoso— uno de los numerosos cuerpos de seguridad egipcios, descubrió que se encontraba envuelto en una conspiración. El complot esgrimía por pretexto la necesidad de una supuesta reanudación de hostilidades una vez se lograra la eliminación de Nasser. Secundaban a Amer un numeroso grupo de colegas que habían sufrido su misma suerte.

Encarcelado, ensayó en dos ocasiones darse la muerte. En la segunda coronó exitosamente sus intenciones.

En otros expedientes abiertos contra los más destacados responsables de la derrota, se incoaron causas por «negligencia criminal» al Jefe de la Fuerza Aérea, Sedki Mahmoud, y otros tres altos oficiales de diferentes armas.

Más que condenar a los culpables —de ser así hubiera sido preciso poner en la picota todo un sistema de incompetencia y corrupción— la idea de los juicios buscaba recuperar parte de un prestigio seriamente dañado interna e internacionalmente, con la exhibición de un grupo individualizado de responsables. Tras un proceso espectacular al que se invitó a la prensa extranjera, se les condenó a quince años de prisión.

Este primer veredicto causó honda conmoción en Egipto. Los trabajadores de las fábricas militares de HELUAN —a 19 kms. de El Cairo— iniciaron una marcha de protesta hacia la capital demandando la revisión de la causa y la pena de muerte de los encartados. La reacción popular correspondía a los sentimientos que había venido exaltando la prensa local desde la semiconclusión del conflicto. Durante meses se les señaló como los principales (sino los únicos) culpables de la destrucción en tierra de la aviación, la pérdida de más de trece mil vidas —cálculo oficial que se asegura muy por debajo de las cifras reales— y de la península de Sinaí. Partiendo de esos cargos era lógico que la población se indignara ante el hecho que delitos tan graves fueran manejados con tal asombrosa magnanimidad, despertando sospechas de apatía cómplice.

Los manifestantes chocaron con fuerzas del orden en los suburbios capitalinos. Disparos, pánico, sangre. Rápidamente la noticia del incidente se propagó. Las explosiones de solidaridad no se hicieron esperar en las universidades de El Cairo, Eim Shams, donde los estudiantes suspendieron las clases y ensayaron manifestarse, hecho insólito en dieciséis años de nasserismo. Chocaron en cada ocasión que lo intentaron con el cordón de policías armados destacados en las afueras. Se les encimaban esgrimiendo bastones y esquivando las piedras con los escudos. 61

El gobierno, eludiendo una tormentosa crisis interna que habría invitado a la guerra civil o el *putsch*, en momentos en que todavía los efectivos militares dislocados en el frente no se habían recuperado de las consecuencias de la agresión, optó por un repliegue ante las masas arriesgando un roce a discreción con una intocable casta militar al imponer la reconsideración de la sentencia.

Un tal desafío del principio de autoridad hacia el más alto tribunal militar del país, hubiera sido impugnado con la fuerza misma en los tiempos de bonanza cuando no se aceptaba la más leve lesión al espíritu de cuerpo, pero traumatizada la élite por los acontecimientos de junio, la trágica desaparición de Amer, y la depuración de las filas del ejército, se encontraba mucho mejor dispuesta a un asentimiento resignado.

El segundo juicio resultó expeditivo pero igualmente frustrante. Se sancionó a los inculcados a treinta años, pero la pena de muerte esperada permaneció suspendida sobre sus cabezas. La nueva sentencia no aplacó el furor del pueblo, y vino a agudizar el sentimiento de inseguridad en las altas esferas militares, síntoma altamente peligroso en hombres con poder.

Efectuada una amplia depuración en los rangos superiores del ejército; sancionados otros, aunque no a penas excesivamente enérgicas, Nasser se volvió hacia la administración.

Entre las razones que esgrimió ante la opinión pública explicando las causas que determinaron el fulminante revés de junio, puntualizó que se encontraban en «los centros de poder».

En su discurso del 23 de julio de 1967, fue más explícito: «muchos creen que cuando Nasser decide que se haga algo, este algo se ejecuta inmediatamente. Y no es así».

Esta afirmación la hacía al mes de concluida la guerra; pugnas, contradicciones, intrigas, infidencias entre estos «centros de poder», según el

62 presidente egipcio y su portavoz Heikal, director del diario Al-Ahram, representaban un grave impedimento a un programa de reformas que invitara a la población, al menos a depositar confianza en una segunda etapa de rectificación de errores.

La experiencia de la derrota cuando los edecanes a su alrededor le susurraban éxitos, su regreso a impulsos de una población enardecida por el resentimiento de una guerra perdida sin haber sido debidamente peleada, le recomendaban garantizar esa confianza reintegrando en su persona el poder de mando y de ejecución, divorciados hasta ese momento, o al menos distanciados en gran medida.

La falta de vinculación orgánica entre el mando y la ejecución que arrastraba del pasado, había resultado fatal para emprender un empresa que necesita tanta coordinación y predisposición unitaria como la guerra.

Si quería sobrevivir como dirigente y entreabrir al optimismo una brecha de que junio había sido la pérdida de una batalla, y no la de la guerra, debía decidirse a la disolución de los «centros de poder» enfrascados en sus contiendas domésticas por esferas de influencia de las partidas presupuestarias. El pueblo debía volver a encontrar en él, al conductor indiscutido. Desde ese momento el margen para continuar repartiendo responsabilidades por futuros fracasos quedó clausurado con la aceptación del cese al fuego. Esta oportunidad postrera para la acción o la extinción por inercia necesitaba una individualización de contornos precisos en su persona, acreedora aún de confianza, ganada por actitudes históricas como la nacionalización del Canal y la aceptación del ofrecimiento soviético para financiar la represa de Aswan, que le granjearon popularidad y prestigio en las masas desheredadas egipcias, en el mundo árabe, y entre tendencias progresistas del mundo, en la década del cincuenta, cuando el poder del imperialismo no se encontraba tan agudamente desafiado en el tercer mundo, como posteriormente se vería en Viet Nam, Argelia, Cuba.

Zakaria Moheddin, Primer Ministro y Vicepresidente, representaba el llamado «centro de poder de derecha», mimado en occidente por sus inclinaciones, influyente en sectores burocráticos, sin excluir una ascendencia no desestimable en núcleos tecnocráticos y en los aparatos de seguridad, que contribuyó a organizar.

Ali Sabri, Vicepresidente también se le situaba en el «centro de poder de izquierda», deseosos de vínculos políticos más estrechos con la URSS y otros países socialistas, apoyado en estas demandas por ex-comunistas y grupos progresistas consentidos en la Unión Socialista Árabe —única or-

ganización política formalmente legal en el país con una estructura y composición que le impide una activa movilización de las grandes masas, en su mayoría al margen del acontecer político cotidiano.

Zakaria dimitió en marzo de 1968 de todas sus funciones en el seno del gobierno. Ali Sabri lo haría —aunque no de motu propio— a finales del 69, conservando, a diferencia de Zakaria, una posición subalterna en el Comité Ejecutivo de la Unión Socialista Árabe, pero despojado de todo poder real para determinar.

Muerto Abdel Hakim Amer, en ostracismo voluntario Zakaria Moheddin y removido de su cargo Ali Sabri, emergía nuevamente la figura carismática de Nasser como el único sobreviviente de renombre de las tempestades internas desencadenadas por el conflicto. Un período incierto de oportunidades para corregir errores pasados se abría ante él. De ese momento en adelante, cualesquiera fueran los triunfos o fracasos futuros a cosechar, él era su único depositario. Se individualizaba su responsabilidad histórica como cuando la deposición del general Naguib en 1954. No habría un nuevo 11 de junio, en que dimitiendo ante el fracaso insospechable de la guerra, el pueblo le reinstalaría en el palacio de Kubbeh volcándose a la calle, consciente y confiado en las palabras de su *Rais*, de que había sido víctima de las intrigas, corrupción y ambiciones de los «centros de poder» que lo rodeaban.

Desaparecidas las cabezas representativas de estas corrientes contrapuestas, el próximo paso concebido fue el fortalecimiento del ejército profesional. ¿Pero a dónde dirigirse por ayuda partiendo de la tradicional política exterior de «no alineamiento»? Decidió solicitar mayor apoyo militar soviético, sin romper contactos con el Occidente liderado por Estados Unidos, manteniéndose en apariencias equidistante de las recomendaciones de Zakaria Moheddin por una profesión de fe prooccidental o cediendo a las insistencias de Ali Sabri por una conversión al marxismo.

La Unión Soviética acudió al llamado nasserista. Un número apreciable de oficiales egipcios de todas las armas marcharon a estudiar a las academias soviéticas. Importantes suministros de material bélico junto a grupos de consejeros militares soviéticos, fueron despachados a Egipto, y dislocados a lo largo y ancho del territorio nacional, para brindar asistencia a la oficialidad nativa en la preparación combativa de los cuerpos armados acorde a las concepciones de la guerra moderna y la responsabilidad de los mandos ante la tropa.

Los oficiales egipcios, no obstante, continúan procediendo en su gran mayoría, de las clases y sectores económicamente mejor situados en la

**64** sociedad egipcia: grandes y medianos propietarios agrícolas, casarentistas, empresarios, funcionarios de categoría y principalmente de familias suministradoras de cuadros de mando desde la entrada y ascenso al poder de los *mamelucos* (hombres comprados) en el siglo XIII, cuyos orígenes no son ni egipcios ni árabes, sino circasianos, balcánicos, turcos.

Esa ausencia de tradiciones históricas nacionales comunes, esa falta de integración social entre la superestructura-mando e infraestructura-soldado-campesinos- (*fellah*), se apunta como una de las causas que más contribuyera a los desastres militares.

En 1968, el exministro de relaciones exteriores sirio, Ibrahim Makhus, declaraba: «a mi entender todas las derrotas, todas las crisis, todas las dificultades con que nos topamos, incluida la derrota de junio, se deben a que en el mundo árabe las masas no están debidamente organizadas sobre bases revolucionarias.»

En la coyuntura presente este alejamiento y rechazo tradicional en que oscilan las relaciones entre la estructura aristocrática o aristocratizante del mando y la infraestructura campesino-analfabeta, se altera paulatinamente con la incorporación a filas como simples reclutas de cerca de 70 mil estudiantes egresados de universidades y centros de altos estudios, destinados al ejército por la suspensión o restricción de proyectos de desarrollo económico y administrativo, y la necesidad de contribuir a elevar la capacidad técnico profesional de un ejército enfrentado a un enemigo astuto con pleno dominio del arte de guerrear contemporáneo.

Estos jóvenes, en su mayoría con una visión menos distorsionada del acontecer nacional, atentos al devenir de las corrientes ideológicas en boga, especializados en ramas específicas del saber y la ciencia, enardecidos en el resentimiento de un amor patrio (la gran patria panárabe de raíces islámicas), humillado por las subsecuentes derrotas podrían llegar a convertirse vanguardia representativa en el seno de ese ejército inmolado de *fellah*, sin exagerar su influencia inmediata. Sólo la toma cabal de una conciencia clasista de parte de esta vanguardia, expresada en el lenguaje llano y simple de un pueblo hasta ahora motivado religiosamente a extremos místicos, le permitiría el disfrute de un liderazgo vacante.

La política exterior de la RAU está por la aplicación de la Resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967<sup>2</sup> alienta el rearme nacional y la unidad panárabe en un frente común que pueda utilizar como fuerza de presión regional para obtener lo que demanda infructuo-

<sup>2</sup> Ver en este mismo número, pág. 31. (N. de la R.)

---

## ¿Reajustes Ministeriales o Políticos?

---

Coincidiendo con la conclusión de la misión *iceberg* (dos tercios bajo la superficie) del Subsecretario de Estados Unidos, Joseph Sisco a El Cairo —entre otras capitales— a mediados de abril, el presidente Nasser procede al cambio de su ministro de la Orientación Nacional; desglosa las funciones del ministerio de Estado, y nombra a su embajador en París, Hafez Ismail, al frente de los servicios de Información (Seguridad).

Las relaciones del gobierno egipcio con el francés, en especial, han venido mejorando sensiblemente desde la implantación por De Gaulle del embargo de armas a Israel a raíz del ataque comando al aeropuerto de Beirut, la venta de Mirages a Libia, y finalmente la posición francesa por el restablecimiento de un equilibrio de las potencias occidentales en sus relaciones con árabes e israelíes.

El reajuste del gabinete de treinta miembros, es el segundo desde la conclusión del conflicto tres años atrás.

Fayek, quien fuera titular de la Orientación desde hacía nueve años, pasa a ministro de Estado para Relaciones Exteriores. Dos ayudantes personales de Nasser, Mohamed El-Tohamy, Secretario General de la Presidencia; Samy Sharaf, Jefe de la Cancillería Presidencial, junto a Saad Eddin Sayed, gobernador de El Cairo, designado también para ejercer funciones adjuntas al Presidente en la Unión Socialista Árabe, pasan a cargos titulares en este mismo Ministerio.

El ministro de Estado para la Inteligencia es Amin Hamed Houweidi. La incorporación de cuatro figuras de primer plano a dicho organismo, parece determinada por una división de funciones que aconsejan razones de elevación de su eficiencia por especialidades, o consideraciones de seguridad.

Cualesquiera sean las razones que subyacen en los refuerzos enviados al Ministerio de Estado, éstos, como tales, en primer lugar, tienden a limitar el poder real que hasta ahora venía disfrutando Houweidi, considerado como la figura 3, en el orden de sucesión, tras Sharawi

66 Gomas (2), Ministro del Interior y el Vicepresidente Anuar El Sadat (1).

Pero entre los cambios, el que más revuelo despierta es el nombramiento del evasivo director del diario oficialista Al Ahram, para el cargo de Ministro de la Orientación Nacional, anteriormente bajo la égida de Fayek.

La designación del polémico periodista consejero, de unos 50 años, y amigo personal del presidente Nasser desde hace 20, es objeto de sutiles suspicacias y ambiguas elucubraciones.

Heikal es considerado un político pragmático, no comprometido ideológicamente, defensor de la «sociedad abierta», el no alineamiento, y de mejorar en lo posible las relaciones con Occidente con la supuesta intención de restarle base de sustentación a Israel, en tanto sugiere mantener un amplio margen de independencia en todos los órdenes del campo socialista, suministrador fundamental de armas y técnicos desde 1956, pero con el que no se comparten posiciones ideológicas y de principios.

En sus editoriales semanales desde el fin de la guerra, Heikal se ha manifestado contrario a la renovación del conflicto hasta que el ejército egipcio no alcance un alto nivel de tecnificación, y en el intervalo aconseja mesura, que debe expresarse en una enérgica acción diplomática que pueda llegar a culminar en el interin en una salida política que haga innecesaria la revancha.

La agencia DPA, por ejemplo, recogía este atisbo de la personalidad del nuevo Ministro: «Heikal ha criticado repetidas veces la política informativa de su país y exigido sea más liberal».

Y la AP: «en un reciente programa de televisión criticó abiertamente los comunicados militares calificándolos de 'sosos'».

Desde su cargo de Ministro de la Orientación Nacional, que se combina con el de director del más importante diario del Levante, podrá hacer de su defensa de estos puntos de vista una cuestión de fe. Podría dirigir desde el más alto nivel una política exaltando el pragmatismo ideológico y la solución política, no sólo circunscripta a Al-Ahram, sino extensiva al resto de los medios de prensa y difusión nacionales. Se podría alegar en contra de lo expuesto que su adversario político, el expresidente y exsecretario de la Unión Socialista Arabe, Ali Sabri, considerado como un progresista inclinado a discreción a la URSS, ha

sido nombrado igualmente presidente de la Comisión Permanente de Asuntos Extranjeros del Comité Central de la Unión Socialista Árabe (mucho escudo para tan poco blasón).

En este punto tendríamos que entrar en otras consideraciones de matices: evaluar el equilibrio de poder entre el gobierno y el partido.

En la RAU el poder está completamente inclinado a favor del gobierno. El Partido aún no juega un papel importante como elemento fiscalizador y corrector de la administración. Carece por demás de las indispensables estructuras intermedias a nivel nacional que lo vinculen orgánicamente con la masa campesina, obrera, y sectores estudiantiles y juveniles. Sus medios organizativos rudimentarios y burocráticos. Sus cuadros, por lo general, despojados de una convicción capaz de transferir a las masas motivándolas políticamente. De ahí que a pesar que la línea del Partido, o ciertas corrientes semiclandestinas admitidas dentro de él, puedan inclinarse en favor de posiciones más o menos progresistas que las sustentadas por Heikal, es éste, desde su puesto de Ministro de la Orientación Nacional y simultáneamente director de Al-Ahram, en ausencia de un órgano ideológico que defina las posiciones programáticas del gobierno egipcio, quien deviene artífice legislador de la línea doctrinaria y ejecutor publicitario.

---

## JORDANIA

---

La monarquía hachemita de Hussein es asimismo partidaria de la Resolución del Consejo, y por cuenta propia no elude una paz por separado con Israel, aunque lo niegue públicamente. Esta oferta contempla la re-integración bajo condiciones de la rica franja agrícola de la Cisjordania, y pudiera llegar a plantear un *modus vivendi* en el sector oriental ocupado de la ciudad santa de Jerusalén, fuente tradicionalmente apreciable de ingresos en divisas por concepto de turismo religioso. Son los 600 mil palestinos refugiados en Jordania en diferentes oleadas de este interminable éxodo, quienes dificultan las maniobras monárquicas por una capitulación parcial.

Concluida la guerra, en dos ocasiones de forma flagrante —noviembre del 68, y febrero del 70— el rey desató sorpresivas *razzias* contra la resistencia palestina en Amman, en la idea de desarticular sus centros operati-

**68** vos, dispersar, encarcelar o aniquilar sus fuerzas dirigentes e imponerles el sometimiento a su línea negociadora.

La ejecución del plan se encomendó a la guardia beduina —unos 25 mil hombres— los únicos en los que el monarca confía en este reino de apenas dos millones de miembros, donde una tercera parte es palestina, con un respetable ascendiente sobre la comunidad jordana sedentaria. Los palestinos constituyen una entidad nacional más desarrollada económica y culturalmente que aquélla en que encontraron refugio.

Esta ascendencia también es observable en el ejército regular jordano, donde un buen número de suboficiales y clases son palestinos; en la dirección de congregaciones religiosas, seculares y en los sindicatos.

Es precisamente esta vinculación orgánica y ascendencia política de los palestinos en Jordania, el principal factor que les ha permitido rechazar las presiones y ataques reales.

En las dos ocasiones que Hussein intentó reducirlos por la fuerza, tuvo que desistir so pena de perder el trono, viéndose obligado a pedir parlamento y comprometerse a modificar su política hacia ellos.

El *mea culpa* real, sin embargo, no es convincente, precisamente por lo mucho que se ha violado. Las organizaciones palestinas se encuentran enfrentadas en la vanguardia con Israel, y en la retaguardia, con las argucias y complots de gobiernos árabes reaccionarios, al acecho del menor indicio de debilidad o división entre ellas para utilizarlas en su favor.

La asimilación de estas experiencias traumáticas en sus relaciones con estados árabes a lo largo de estos veinte últimos años, contribuye al templo del espíritu unitario independiente palestino. La intentona armada realista de marzo del 70 forzaba, por ende, un paso ulterior en la vertebración orgánica de la resistencia. Hasta ese instante existía el Comando para la Lucha Armada Palestina, entidad que incluía ocho organizaciones presididas por Al-Fath.

La represión de Hussein, amplía esta unidad. Tres nuevas organizaciones se integran al CLAP, y lo modifican, transformándolo en el Comando Unificado de los Movimientos de la Lucha Armada Palestina. Entre estas organizaciones, el Frente Popular, dirigido por George Habache, que independientemente de su representatividad en sectores palestinos, se había mantenido al margen del proceso integracionista.

## LIBANO

A diferencia de Egipto, Jordania y Siria, Líbano no tomó parte en la guerra de los siete días. Su participación en las acciones de postguerra, se produce contra la voluntad e intereses de la clase gobernante. La actividad de los comandos palestinos desde las regiones montañosas del sur, provoca la represalia israelí contra el Líbano, desde el 25 de diciembre de 1968. El aeropuerto de Beirut es atacado sorpresivamente por comandos israelíes helitransportados. Trece aviones de pasajeros son completamente destruidos, creando una crisis parlamentaria que se prolongaría siete meses. La osadía del invasor escindiría el ya frágil frente interno libanés. Tres tendencias se van delineando durante este interregno que sobreviven al regreso de Rachid Karamé al premierato: la extrema derecha reclama la desactivación de la resistencia palestina desde territorio libanés; el centro y la llamada izquierda coinciden en la restricción de sus actividades, discrepando sólo en terminología. Ninguna de estas corrientes se pronuncia por la colaboración o compromiso con la resistencia.

Este acosamiento vuelve a agudizarse en octubre de 1969, a raíz de choques de fuerzas de seguridad con combatientes palestinos en campos de refugiados sudeños. El gobierno de Helou demanda el desarme de los palestinos y la evacuación de sus campos de entrenamiento de las regiones meridionales del país, fronterizas con Israel. Estos se resisten. Los encuentros se generalizan adquiriendo proporciones de seminsurgencia en Trípoli, segunda ciudad en importancia en el país, donde ciudadanos libaneses musulmanes y cristianos maronitas se suman con las armas en la mano en favor de la independencia de acción que demandan los palestinos. El gobierno norteamericano hace amenazas veladas de desembarcar sus marines como en 1958, pero se abstiene por temor a atizar aún más los sentimientos antimperialistas en el mundo árabe, exacerbados de por sí con el apoyo de Estados Unidos a Israel.

La aprehensión por un estallido de guerra civil en Líbano moviliza a jefes de estados interesados en conservar el *status quo* en la retaguardia árabe que permita jugar con la ilusión óptica de un frente común que haga finalmente reflexionar a Israel sobre el porvenir incierto de su ocupación, y preocupados se propague la insurrección popular contra la incompetencia o apatía de gobiernos incapaces de

**70** enfrentar eficazmente el fenómeno de expansionismo cíclico sionista en el área.

El presidente Nasser se ofrece como mediador y ofrece a El Cairo, como sede de las negociaciones. Las organizaciones palestinas aceptan partiendo del principio de que no tomarán parte de la subversión política interna de ningún estado árabe en tanto se respete su libertad de acción e independencia política en su lucha por un regreso digno a Palestina. El gobierno libanés también accede, pero por razones bien distintas. Es su única forma de sobrevivir como representante de un sistema, de calmar los ánimos enardecidos de la población, que de las consignas propalestinas pasaba imperceptiblemente a demandar cambios internos en medio de una situación de violencia.

Por los sectores palestinos asiste a la conferencia de El Cairo, Yasser Arafat, portavoz de la dirigencia colegiada de Al-Fath; el gobierno libanés envía a Emile Bustani, por entonces jefe del ejército, y quien poco después de la firma del acuerdo es removido del cargo, quedando nebuloso si su sucesor, Jean Jemn, se consideraría igualmente atado al espíritu de los compromisos que Bustani suscribiera.

La transacción para dar salida temporal al diferendo es un punto medio: ni desactivación completa, ni libertad absoluta. Esta ambigüedad se reflejaba en los siguientes términos:

- a Los guerrilleros se comprometen a abandonar las poblaciones fronterizas y llevar a efecto sus acciones contra Israel una vez traspuestos los territorios ocupados y no partiendo de localidades libanesas.
- b El adiestramiento de guerrilleros se hará fuera de los campos de refugiados y en localidades acordadas con los mandos militares libaneses. Los guerrilleros se comprometen a no adiestrarse más en sus campos.
- c Los guerrilleros palestinos tendrán que mantenerse por lo menos a un kilómetro de distancia de los pueblos libaneses fronterizos.

Los postulados fruto de la negociación, tienen la evidente intención de alejar ulteriores represalias israelíes contra poblaciones libanesas. Lo importante de tales acuerdos no es precisamente si los comandos se atienen o no a la letra de éstos. Lo que verdaderamente salta de estas cláusulas es la naturaleza del gobierno libanés. A continuación del compromiso se siguen reportando choques entre fuerzas de seguri-

dad y *fedayins* —aunque no con la violencia de octubre— sin que esto signifique que aquel climax no puede ser nuevamente alcanzado y hasta superado en el futuro. En Líbano, los palestinos constituyen el diez por ciento de la población (250 mil). 71

---

## SIRIA

---

A diferencia de Egipto y Jordania, el gobierno de la República Árabe Siria, rechaza la Resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967, por considerar a la ONU incapaz de forzar el retiro de tropas israelíes de los territorios ocupados mediante el uso de la diplomacia.

La Resolución, en realidad, beneficia al conquistador. Le abre un margen de rejuego en el marco internacional para perpetuar su ocupación esgrimiendo argucias leguleyas.

La Resolución es una esperanza que gira contra el vacío concebida por las grandes potencias que secundan a Israel. Con el pretexto que se posibilite un entendimiento negociado, se pretende desarmar a los estados y pueblos árabes de su legítimo derecho de rescatar por la fuerza los territorios que le fueron arrebatados por idénticos medios.

La guerra de junio si en lo militar perseguía la toma de las estratégicas alturas sirias de Golán, para dominar el valle del lado sirio y asegurar una eventual ruta de avance sobre Damasco, en lo político estaba dirigida al derrocamiento del régimen baasista.

Golán cayó, pero no así el Baas.<sup>3</sup> Emergió más intransigente en el rechazo de fórmulas humillantes de avenencia con el enemigo, tras profundos reajustes internos.

La búsqueda del encuentro con las masas (creación de milicias populares) devino preocupación central de la dirección colegiada del Partido. Pronto se observaría el fortalecimiento de los lazos de amistad y cooperación con el campo socialista y una más amplia cooperación con el movimiento de resistencia palestino, preferentemente Al-Saika, de filiación baasista.

Entre los reajustes internos se destaca el de marzo de 1969, que culminó con un acercamiento militar entre Siria y el gobierno de Irak, al

<sup>3</sup> Partido de la Resurrección árabe.

72 margen de matices políticos que distinguen al Baas sirio del iraqués. Esta más estrecha cooperación en el plano bélico en el Frente Oriental, probablemente se consolidará con la conclusión del diferendo kurdo-iraqués. Más de 20 mil soldados iraqueses se encontraban dislocados en el kurdistán haciendo frente a este pueblo (ni árabe ni musulmán), que combatía por la preservación de su entidad nacional en el seno de la nación iraquesa.

Concluida esta guerra civil (tal vez definitivamente) que se prolongó por más de nueve años, gracias a la mediación del partido comunista iraqués y no pocos esfuerzos de la Unión Soviética, parte de estas tropas son susceptibles de ser trasladadas a otras zonas de operaciones. Se especula que voluntarios kurdos están igualmente dispuestos en la actualidad a unir sus fuerzas a las del Frente Oriental árabe contra Israel.

Durante su visita a Cuba en enero de 1970, el dirigente sirio Youssef Zouayyen, delineó la estrategia de la guerra popular como única alternativa para enfrentar exitosamente la ocupación: «Quien pretenda liberar sus patria tiene que prepararse a pagar el precio. La revolución es el camino de la liberación y la lucha se libra en el campo palestino. Si imaginamos entablar una guerra convencional con Estados Unidos —consideramos a Israel una base militar suya— volveremos a caer en la trampa. La lucha se generalizará en todo el campo de batalla árabe. Golpearemos los intereses del imperialismo y el sionismo, donde quiera que estén y liberaremos nuestras tierras. Este es el camino de la lucha popular».

---

## Las Conferencias Cumbres

---

El gobierno egipcio presta buena parte de su energía diplomática a estos cónclaves panárabes, independientemente de sus magros resultados.

La derrota de junio puso en entredicho su liderazgo regional y la colocó al borde de un aislamiento insuperable. Enfrentar nuevamente a Israel en estas circunstancias o negociar con ella desde una relativa igualdad hubiera estado descartado por largo tiempo. No podía dejar cortados sus puentes de interacción con aliados potenciales islámicos, copartícipes de un patrimonio religioso, lingüístico, cultural, con un expediente de más de mil años, si aspiraba a la resurrección de nación que se empeña en conservar un ascendiente (dañado desde el 61, cuando se

produce la ruptura de la federación con Siria, y acentuada en el 67, 73 con la pérdida fulminante de la guerra), ganado con la nacionalización del canal de Suez en 1956, y el enfrentamiento ese mismo año a la intervención militar anglo-franco-israelí.

El gobierno de la RAU y sus más influyentes órganos de prensa se dedicaron a movilizar entonces las fuerzas dormidas del panarabismo, exaltando la necesidad de unirse para la mejor defensa de estos valores históricos amenazados.

En la conferencia cumbre de Jartum <sup>4</sup> —agosto de 1967— El Cairo ensayó armonizar a los 14 estados miembros de la Liga Árabe en una posición de militante colaboración para condicionar la retirada de Israel de los territorios ocupados.

En esta reunión se arribó —tras largos y enconados debates— a acuerdos verbales unánimes. Tres sonoros, *no* quedaron estampados en el acta de clausura: *no* reconocimiento, *no* conversaciones, *no* cese del estado de beligerancia contra Israel.

Jartum no sólo sirvió de sede a conversaciones de estados árabes que acordaron una acción conjunta en empresas vedadas por alineamientos internacionales contrapuestos, reflejo de su ordenamiento de clase interno. La capital sudanesa era testigo también de concertaciones eminentemente prácticas, a las que no tocaba el hábito místico-patriótico de los primeros califas del Islam. El presidente Nasser y el Rey Feisal acordaron por teléfono —el monarca saudita se abstuvo de participar personalmente— el retiro de los 50 mil efectivos militares egipcios destacados en el Yemen del Norte, en apoyo al régimen republicano de Sallal, contra el hostigamiento de las partidas realistas sostenidas por Arabia Saudita, a cambio de cien millones de dólares anuales, como parte de una ayuda condicional a la que se sumarían Kuwait y la monarquía Libia (derrocada el 10. de septiembre de 1969), para «enfrentar las secuelas de la agresión».

Consideraciones nacionales impostergables, sin embargo, recomendaban este sacrificio táctico por partida doble. Las tropas eran necesarias en Egipto para fortalecer las posiciones desguarnecidas de la ribera occidental de Suez, ante cualquier intento de las tropas israelíes por franquearlas. Los 100 millones de dólares contribuirían a aliviar en algo las pérdidas de ingresos en divisas por el cierre del Canal e ir sobreviviendo hasta el advenimiento de tiempos mejores.

<sup>4</sup> Ver en este número pág. 32. (N. de la R.)

74 El resonar sin eco de las negativas de Jartum, el sacrificio del Yemen del Norte, vinieron a sumarse al desastre de la guerra, fragmentando la imagen de la RAU ante los ojos del mundo. Pero Nasser no renunciaría a la restauración de su prestigio.

Rabat, capital de Marruecos, en dos ocasiones devino sede de ulteriores ensayos por plasmar esa aspiración unitaria a la que no se resigna la RAU por consideraciones muy objetivas. En septiembre de 1969 tuvo lugar «La Cumbre Islámica» (religiosa) —esfuerzo por identificar criterios apartados invocando el tronco común corámico, aprovechando el incendio intencional un mes antes de la mezquita jordana de Al-Aqsa, una de las reliquias arquitectónicas más veneradas por los musulmanes.

La dispersión, las desavenencias entre las delegaciones asistentes, y el tono moderado que permeó las sesiones, evidenció que el Islam perdía aceleradamente su magnetismo cohesionador de antaño. El apego a alineamientos políticos y económicos específicos superaba la fidelidad a un credo religioso compartido en conjunto. Un mundo en rauda desplazamiento hacia la polarización tornaba secundarias concepciones místicas respetadas con fervorosa militancia siglos atrás y que encontrara cabal reflejo en el *Jihad* —guerra santa—.

El mundo moderno, influido por fuerzas económico-políticas que se han hecho conscientes hacia obsoleto el llamado al *Jihad*. La guerra de liberación se impone en una región donde una gran parte de la élite del poder reacciona subjetivamente contra esta realidad ineluctable.

La Segunda Cumbre de Rabat —convocada el 20 de diciembre de 1969— se instrumentó para que encuadrara —a diferencia de la de Jartum, y en evitación de contradicciones, impidieran posibles acuerdos— en un marco eminentemente de relaciones árabes vs Israel, cuidando que las frecuentes pugnas interárabes, enturbiaran las coincidencias fundamentales sobre el punto clave de la agenda.

Nasser hizo un esfuerzo serio, y hasta cierto grado exitoso, al lograr que Arabia Saudita y Yemen del Sur, mediante encuentro previo con el Rey Feisal y el presidente del Yemen, Ali Salem Rabia, se abstuvieran de discutir en la Cumbre sus diferencias fronterizas petroleras. Pero en el umbral de la Conferencia se manifestaron rivalidades tanto más agudas. La presidencia, reservada en un principio a Gaafar el Numeiry, presidente del Consejo de la Revolución sudanesa, y clasi-

ficado en el ala «progresista», se le entregó al «moderado» Hassan II. Se justificó el traspaso apelando a las normas del protocolo. Debía delegarse en la persona del monarca marroquí porque era el anfitrión. Durante el desarrollo de las sesiones pronto se deslindaron las posiciones sustentadas por la corriente «moderada», «ultra» y «progresista». La división entre estas tendencias dejó vacíos los bancos reservados a la delegación siria, iraquí y sudyemenita.

Enfoques tan opuestos se mantuvieron a contrapelo de la mediación diplomática y la presión sutil, impidiendo la redacción de un comunicado final. Si bien la Cumbre no satisfizo las aspiraciones unitarias y de colaboración, la prensa egipcia no la consideró un completo fracaso. Días después reportaba que parte de los acuerdos contemplaban el envío de fuerzas de Libia, Argelia y Sudán al Canal y Jordania.

A poco de concluir la guerra de junio, contingentes simbólicos de tropas argelinas, sudanesas, kuwaitianas, etc., fueron trasladadas a lo largo de la línea del cese al fuego. En caso que la información de la prensa egipcia fuese exacta, este acuerdo podría ser una ratificación del compromiso original de asistencia.

Se mencionó igualmente que Marruecos, por primera vez entregaría ayuda en forma de material bélico. Aportaron también a la compra de armas, Libia (20 millones de libras esterlinas); 10 millones Arabia Saudita y 3 Kuwait, suma que se añadiría a la contribución de 135 millones de libras anuales, que se fijaron entregar anualmente estos gobiernos desde el fin de la guerra a Egipto y Jordania «para enfrentar las secuelas de la agresión».

Egipto había solicitado a las delegaciones asistentes, 150 millones de libras, que sumadas a las 135, permitiría a los estados árabes en la zona de enfrentamiento directo contra Israel, pasar de la fase defensiva militar a la ofensiva en un período relativamente breve, e independizarlos de las presiones externas, precisamente por su dependencia económica militar.

---

## **La Crisis en el Plano Internacional**

---

Las grandes potencias, inquietas de que un choque entre terceros, dependientes de ellas en múltiples suministros, fundamentalmente el militar, las pueda conducir a un indeseable enfrentamiento, se movilizan en el Medio Oriente, en evitación de un deterioro irreversible de esta crisis.

**76** La guerra de junio del 67, corroboró, sin embargo, que los antagonismos regionales pueden escapar a la *detente* internacional, aunque en la presente coyuntura histórica el poder utilizable de las grandes potencias nucleares tiene límites dictados por la autopreservación.

La experiencia de junio aconsejó por ende a los planificadores políticos de las grandes potencias conservar en la región levantina opciones alternas a la militar, precisamente por lo limitado de estos poderes para imponer una solución por arriba. Tales alternativas negociadoras, pensaron, desalentarían la renovación de un conflicto del que todos tratan de escapar por su tendencia a un desarrollo explosivo extra-regionales.

El primer disuasivo fue el acuerdo para lograr la Resolución del Consejo de Seguridad vetada en Naciones Unidas el 22 de noviembre de 1967, solicitando el «retiro incondicional y completo de las tropas ocupantes israelíes a sus posiciones previas al 5 de junio». La inoperancia de la Resolución durante meses, condujo a una carrera de relevo. El embajador sueco en Moscú, Gunnar Jarring, iría de Jerusalén a Amman y de Amman a El Cairo, y de El Cairo, vuelta a Jerusalén, como delegado personal del Secretario General Thant con el pergamino del 22 de noviembre bajo el brazo.

Jarring estuvo en estos ajeros mediadores por espacio de más de un año sin encontrar clientela. Pero en el interregno todas las partes ganaban tiempo, incluyendo los palestinos cuyo programa se veía objetivamente fortalecido. Las exhortaciones a la renovación de la guerra se hicieron perentorias en el campo árabe. En este punto las grandes potencias estimaron pertinente abrir una tercera válvula para dejar escapar la presión acumulada.

En abril de 1969 se iniciaron las conversaciones a cuatro fuera y dentro de las Naciones Unidas. Ultimamente se especula en torno al regreso de la misión Jarring en un marco de control de carrera armamentista, impuesta por las grandes potencias a los consumidores de la región.

Israel, sin embargo, no está por el retiro. El establecimiento de 18 kibbutz —granjas militarizadas— en las tierras ocupadas de Egipto, Siria y Jordania, testimonia esta actitud. Los estados árabes lo saben —y saben que el porvenir no se modifica por el regreso del mediador Jarring— pero por el momento parecen no estar listos para reasumir el estado de beligerancia. A estas intenciones —por ahora aplazadas— no sólo se interpone un persistente desbalance técnico militar que sólo

compensaría una guerra popular a la que se resiste la estructura de poder clasista de la mayoría de los gobiernos árabes. Las grandes potencias, con fabulosos intereses en la región, están más interesadas en un modus vivendi que en un nuevo estallido que pueda precipitar acontecimientos incontrolables en la región. De ahí sus gestiones pacificadoras.

Los palestinos, conscientes de que podrían quedar atrapados en medio de estos controles para restablecer un equilibrio ajeno a su estrategia de regresar a su suelo una vez destruida la maquinaria de poder en Israel, e iniciar el establecimiento de un estado democrático para árabes y judíos no sionistas, emprenden una activa campaña recabando fondos y ayuda militar por el mundo, particularmente el árabe donde no hacen distinciones ideológicas, partiendo del tronco común islamita.

En el apogeo de los trámites negociadores de alto nivel, el dirigente palestino Yasser Arafat —quien visitara indistintamente la Unión Soviética y la República Popular China— declaró al periódico inglés Sunday Telegraph—: «No habrá paz en el Medio Oriente que no satisfaga las demandas de la revolución palestina. Un arreglo concertado sin su aprobación desencadenaría la guerra civil».

La Habana, abril 1970.